

CARAVANA PARDA, por *María Isabel Peralta*.

Es un profundo caudal de angustia—caudal largamente sostenido, con manos cariñosas,—lo que orienta hacia su latitud de poesía este libro (1) de María Isabel Peralta, poetisa muerta en 1926, cuando mucho podía esperarse de su emoción artística.

A los veinte años, fueron los vientos del dolor los que empujaron el ritmo de sus versos y sirvieron de justo trampolín para ese salto maravilloso hasta el territorio sin espacio que habitan los poetas.

Todo lo triste que había en ella y lo que rodeaba su existencia florecida en soledad, pegándosele a la piel del corazón, está acumulado en este libro póstumo; su propia vida aniquilada por la enfermedad, la tristeza infinita que oscurece las tardes del mundo o la quietud de los cerros que como guardias nocturnos suman su silencio en torno al sueño de las gentes de su valle del Norte...

Este material teñido de amargura sirve como de base a su obra lírica y la recorre extensamente y permanece con la insistencia un poco desesperada de la música de Chopin.

Y aquí es preciso señalar algo que diferencia su acento de la producción casi uniforme de nuestras poetisas, sobre todo de las más jóvenes. En pleno comienzo de su vida,—aun cuando su juventud fué como una flor dormida en su perfume—María Isabel no repite el eterno motivo amoroso ni desborda su inquietud en versos de arraigo sexual, y cuando lo hace, es sólo en forma transitoria, de accidente. Pero en cambio, con voz blanca de suavidad, dice:

Junto a la humilde cruz de mi sepulcro,
siembra rosas, hermano,
que ellas perfumen su rincón obscuro...
¡ya todas sus espinas me clavaron!

Este aspecto interesa a los que desesperábamos del idioma, por desgracia demasiado habitual en la poesía femenina con

(1) Ediciones Letras.—Santiago de Chile.—1933.

su palabra clave el grito de la sangre ardiendo. Ya del otro lado de la cordillera se alzaba el llamado potente de un escritor: «Poetisas de hispanoamérica: ¿es qué el mundo se encierra para vosotros en vuestro cuerpo como en una urna votiva, sin que las emanaciones de aquel lleguen a conmoveros, logren conseguir otras resonancias que las de vuestra médula?»

No es que ingenuamente se pretenda dictaminar sobre los motivos en poesía. Por fortuna, este viejo pleito, está ya definitivamente resuelto. No hay temas poéticos o antipoéticos. La poesía es algo que corre muy por encima del asunto mismo y vive su vida independientemente de él. Pero esto no obsta a que sea censurable al menos, ese exclusivismo, esa voz monocorde, única, de la labor artística. El poeta viene a la tierra con una «misión de humanidad», como decía Alberto Gerschunof, y debe tener por tanto, el corazón bien dispuesto a toda clase de solicitudes.

Ahora bien, el dolor que exprimen los versos de María Isabel Peralta como su más pura calidad, es una simple queja inédita que circunda su libro como un agua subterránea. En el poema «La barca» dice por ejemplo:

La barca, la barca negra...
De plomo el mar.
Los forzados sollozan:
¡Esta condena
no ha de acabar!

La barca, la barca negra...
De ágata el mar
Los forzados aúllan:
crujen los remos,
solloza el mar...

La barca, la barca negra,...
De ébano el mar.
Los mástiles rechinan...
¡La barca negra
se va a acabar!

La barca, la barca negra...
Se hunde en el mar;
los galeotes cantan
rompen amarras...
¡Bendito el mar!

La barca negra, la barca
no está en el mar
ni están los galeotes
ni las cadenas . . .
¡Bendito el mar!

Es bello este romance de intensidad dramática que parece que fuera a culminar en un grito desesperado, . . . que sin embargo no viene.

Ajena por completo a las nuevas modalidades del arte y a sus tendencias más elementales, sus poemas exhiben hoy su condición de gastadas acuarelas, pero firmes en su altura de belleza. Y limpios de complicaciones y de alardes retóricos, aparecen rubricados con toda la simplicidad originaria de los sentimientos que los inspiraron. Con seguridad, María Isabel, en esa «romería hacia la tristeza», que al decir de Angel Cruchaga es el camino de la poesía, escribió sus versos casi improvisadamente como obedeciendo a una verdadera necesidad orgánica de salir de su realidad, de romper el marco obligado de lo cotidiano y su contorno opresor.

Pero es precisamente aquí donde cabe hablar de los defectos de «Caravana Parda». Algunas de sus composiciones no han alcanzado su plena madurez artística, antes de ser lanzadas al comercio del lenguaje. Hay otras, que tal vez por esta misma circunstancia, tienen un vuelo lírico muy mediocre: a ratos, sus imágenes se arrastran, pesadas por el lastre de su vulgaridad. Poemas como «Organillo», no debieron figurar en el libro.

Bien nos advierte Miguel Munizaga,—el descubridor de esta poetisa desaparecida—que ella alcanzó escasa cultura literaria. Esto y su juventud, sirven para justificar por lo menos en parte, los defectos de esta su primera y única obra.

En todo caso, su muerte es una pérdida sensible en nuestras letras tan desprovistas de voces amplias y cordiales como la que informó la sólida estructura poética de «Caravana Parda». Y, aun cuando nos consideremos extranjeros de su plano estético, es forzoso reconocer que con María Isabel Peralta,—usando las palabras de Gabriela Mistral en su hermoso prólogo—nuestra literatura ha perdido una «sensibilidad verdadera que iba camino de la palabra definitiva».—*Jorge Herrera Silva.*